



# CRECED

[www.creced.ch](http://www.creced.ch)

enero/febrero 2020

## Índice n° 1/2020

2	Principios esenciales de la vida cristiana	<i>R.K. Campbell</i>
5	La primera epístola a Timoteo	<i>H. Smith</i>
7	Jesús con nosotros	<i>W. Runkel</i>
11	Tiempo de callar y tiempo de hablar	<i>U. Furrer</i>
13	Mateo 18:20	<i>A. Gibert</i>
16	El fruto del Espíritu en la vida matrimonial	
19	Pensamiento	

La revista CRECED tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

# Principios esenciales de la vida cristiana

---

## Contenido

1. ¿Qué es un cristiano y cómo se llega a ser uno de ellos?
2. Alimento y desarrollo de la nueva naturaleza.
3. La vieja naturaleza y la victoria sobre ella.
4. El mundo y la separación de este.
5. Adoración en espíritu y en verdad.
6. Llevar fruto.
7. Sirviendo al Señor.
8. “Aguardando la esperanza bienaventurada”.

## 1. ¿Qué es un cristiano y cómo se llega a ser uno de ellos?

### a) ¿Qué es un cristiano?

#### 1) Aquel que pertenece a Cristo

La palabra “cristiano” se encuentra por primera vez en Hechos 11:26: “... a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en

Antioquía”. Este nombre fue dado por el mundo a quienes reconocieron a Jesucristo como Salvador y Señor, y le siguieron. A estos se les identificó con el Cristo rechazado y crucificado. Un cristiano es un “hombre de Cristo”, alguien que pertenece a Cristo. Así 1 Corintios 15:23 habla de “los que son de Cristo, en su venida” y en Juan 13:1 el evangelista habla de los creyentes como “los suyos”, a quienes el Señor amó hasta el fin. ¡Qué maravilloso privilegio es pertenecer al glorioso, perfecto y eterno Hijo de Dios e Hijo del Hombre, Cristo Jesús!

#### 2) Aquel que es nacido de nuevo

Un cristiano es aquel que es nacido de nuevo por el Espíritu Santo. Leemos en Juan 3:3-5: “El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios... el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios”. Se trata de un nacimiento espiritual en la familia de Dios por la obra del Espíritu Santo. “Renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios” (1 Pedro 1:23).

Un nacido de Dios ha recibido una nueva naturaleza que ama a Dios y aborrece el pecado. Este es “el nuevo hombre, creado según Dios en justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:24). Ha sido hecho “participante de la naturaleza

divina” (2 Pedro 1:4). Entonces, un cristiano es aquel que es nacido de nuevo y posee una nueva naturaleza, divina, que no puede pecar (1 Juan 3:9).

### 3) Una persona convertida

El Señor dijo: “Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mateo 18:3). Convertirse significa cambiar, y uno que es nacido de nuevo por el Espíritu de Dios experimenta una conversión o cambio moral. Esto prueba la verdad de 2 Corintios 5:17: “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”.

### 4) Un hijo de Dios

Un cristiano es un hijo de Dios por el nuevo nacimiento y la fe en Jesucristo. “Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús” (Gálatas 3:26). Conoce entonces a Dios como su Padre, de tal manera que el apóstol Juan escribió: “Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre” (1 Juan 2:13). ¡Ciertamente este es un maravilloso privilegio!

### 5) Alguien en quien mora el Espíritu Santo y que es guiado por Él

Además de ser nacido de nuevo y de tener una nueva naturaleza, un

cristiano recibe el Espíritu Santo de Dios, el Consolador y Maestro divino. “El Espíritu de verdad... mora con vosotros, y estará en vosotros” (Juan 14:17). “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios...?” (1 Corintios 6:19). “Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (Romanos 8:14). “Por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!” (Gálatas 4:6). Este Espíritu que mora en el creyente le da los afectos de un hijo de Dios y la conciencia que Dios es su Padre, dando “testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Romanos 8:16).

### 6) Alguien que tiene la certeza del perdón de sus pecados y de la vida eterna

El creyente nacido de nuevo en Cristo sabe que sus pecados son perdonados y que tiene la vida eterna. “Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre” (1 Juan 2:12). “De éste (Jesús) dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre” (Hechos 10:43).

La Palabra de Dios y el Espíritu de Dios en el creyente le aseguran

que “Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo” (1 Juan 5:10-13). Así, un cristiano es aquel que tiene la bendita seguridad del perdón de sus pecados y la vida eterna. Es posible que, aún siendo un creyente en Cristo, le falte esta seguridad y necesite ayuda al respecto. Pero, tal seguridad es la verdadera posesión de un cristiano.

Tales son algunas de las características esenciales de un cristiano. ¿Son verdades vivas en usted? Si no, tal vez necesite ayuda en cuanto a cómo llegar a ser un verdadero cristiano, por lo cual, a continuación, pasamos a considerar este tema.

## b) ¿Cómo llegar a ser un cristiano?

### 1) El arrepentimiento para con Dios

El arrepentimiento es necesario para convertirse en un cristiano. El Señor dijo: “Arrepentíos, y creed en el evangelio” (Marcos 1:15), y mandó “que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones” (Lucas 24:47). El apóstol Pedro predicó: “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados”, y el apóstol Pablo testificó a judíos y a gentiles “acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en

nuestro Señor Jesucristo”, y “que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento” (Hechos 3:19; 20:21; 26:20).

El arrepentimiento es un cambio de mentalidad, una completa transformación de la actitud interior hacia sí mismo, hacia el pecado, hacia Dios, hacia Cristo y hacia el Evangelio. Se trata de renunciar a su propia opinión, aceptando el pensamiento de Dios según es revelado en el Evangelio. Alguien podría pensar que es un cristiano porque ha tratado de vivir una vida recta, pertenece a una iglesia, ha sido bautizado y hace obras religiosas. Sin embargo, ninguna de estas u otras cosas similares jamás hará de alguien un verdadero cristiano nacido de nuevo. Por eso debe haber un cambio de pensamiento acerca de todo esto. Es necesario venir ante Dios como un pecador arrepentido y creer en Cristo como su Salvador para convertirse en un verdadero cristiano.

### 2) Recibir a Cristo como su Salvador personal

“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad (autoridad) de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12). Para convertirse en un cristiano se debe recibir a Cristo por la fe en el corazón como el enviado de Dios y

como su Salvador personal. Al igual que Zaqueo en el pasado, uno debe “descender” y recibir a Jesús gozoso (Lucas 19:6).

### 3) La confesión con la boca, la fe y la obediencia del corazón

“Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación” (Romanos 10:9-10). Si usted confiesa a Jesús como su Señor y cree en su corazón que él “fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (4:25), la Palabra de Dios le asegura que es salvo. Obedezca “de corazón” al Evangelio de la salvación en Cristo y será libertado del pecado y será un hijo de Dios (6:17-18).

### 4) Salvados por la gracia y no por las obras

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8-9). “Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo” (Tito 3:5). Acepte el don de Dios de la salvación

gratuita mediante la fe en Jesucristo, y será un verdadero cristiano según la Biblia.

(Continuará)

## La primera epístola a Timoteo

---

Una lectura **cuidadosa** de la Escritura muestra claramente que la mayoría de las epístolas del apóstol Pablo tienen sobre todo un propósito rectificador, habiendo sido escritas debido a desórdenes graves y enseñanzas erróneas que turbaban las primeras iglesias. Sin embargo, algunas, como la epístola a los Efesios y la primera a Timoteo, son principalmente instructivas, en la medida en que presentan la Iglesia en el orden divino según el pensamiento de Dios.

Cada una de estas epístolas presenta la Iglesia bajo un aspecto particular. La epístola a los Efesios considera la Iglesia como un conjunto de creyentes unidos por el Espíritu Santo para formar el cuerpo místico, del cual Cristo en el cielo es la cabeza (o: jefe). La Iglesia es así presentada en sus relaciones celestiales conforme a los consejos de Dios.

En la primera epístola a Timoteo, la Iglesia es considerada como un conjunto de creyentes “juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (Efesios 2:22). En relación con esta gran verdad, la instrucción de la epístola es doble:

En primer lugar, el apóstol escribe para exhortar a los creyentes a vivir la vida práctica de piedad que conviene a la casa de Dios: “para que... sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente” (1 Timoteo 3:15).

En segundo lugar, el apóstol nos enseña que el gran propósito de la casa de Dios es dar testimonio en el mundo de que Dios es un Dios Salvador que “quiere que todos los hombres sean salvos” (1 Timoteo 2:4).

Dios quiere que, por medio de la Iglesia, un testimonio colectivo le sea rendido en el mundo como Dios Salvador, en toda su santidad y su gracia. Para rendir este testimonio, debemos conocer el orden de la casa de Dios y el comportamiento que conviene a su casa.

Así pues, la epístola nos presenta el propósito y el orden de la casa de Dios “**según el pensamiento de Dios**”. Nos muestra que este orden divino no sólo debe regir la Iglesia, sino que también debe tener su efecto sobre cada detalle de las vidas de los que componen la casa de Dios, hombres o mujeres, jóvenes o

ancianos, casados o solteros, servidores o maestros, ricos o pobres.

En el estado de ruina de la cristiandad, la verdad de la epístola está ampliamente ocultada o ignorada, ya sea por “individualismo” o por “sectarismo”. Muchas almas sinceras, no viendo más allá que su salvación individual, son indiferentes al hecho de que, una vez salvados, los creyentes forman la casa de Dios con todos sus privilegios y sus responsabilidades. Otros, sintiendo la necesidad de la comunión cristiana, pero sin discernir lo que Dios ha establecido, empezaron a formar sistemas religiosos conforme a sus propias ideas del orden.

Es así que, de maneras distintas, se ignora la gran verdad de que Dios formó su casa compuesta de creyentes “juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu”. Esta verdad no debería llevarnos a considerarnos simplemente como individuos salvos, o a esforzarnos para reunir a los cristianos en sistemas inventados por los hombres, sino que debería llevarnos a reconocer nuestra parte en la casa que Dios ya formó, y a actuar conforme a esta luz, rehusando todo lo que niega esta casa, ya sea en principio o en práctica.

Deseando andar en simple obediencia a la Palabra de Dios, apreciaremos la misericordia que nos presentó en esta epístola el pensamiento de Dios para su Iglesia



considerada como la casa de Dios. Solo al tener ante nosotros la norma de Dios podremos responder a su pensamiento de forma inteligente. Necesitamos conocer la verdad para poder aplicarla. Solo al ser arraigados en la verdad seremos capaces de discernir el error y rechazarlo.

Habiendo expuesto el comportamiento que conviene a la casa de Dios, la epístola nos presenta la práctica, antes que la doctrina.

En el capítulo 1, el Evangelio de la gracia de Dios es presentado como el gran testimonio que debe proceder de la casa de Dios hacia el mundo.

En los capítulos 2 y 3, somos enseñados sobre el orden práctico que conviene a la casa de Dios, de tal manera que todos los que componen la casa, hombres y mujeres, vivan de una manera que este conforme a la morada de Dios, y que nada pueda dañar el testimonio que procede de la casa.

Los capítulos 4 a 6 nos advierten contra distintas formas de manifestaciones de la carne. Somos enseñados en la “piedad”, la cual es una gran salvaguardia contra cualquier principio malo y contrario al orden de la casa de Dios.

H. Smith

## Jesús con nosotros

---

Lucas 24

En el último capítulo de su evangelio, Lucas nos relata algunos eventos del día de la resurrección de Cristo. Entre los múltiples detalles que da, nos detendremos en tres cuya enseñanza es útil para ayudarnos y animarnos en el camino de la fe. Primero recordemos los grandes trazos de este capítulo.

Muy de mañana, el primer día de la semana, algunas mujeres — que Lucas nombra expresamente (v. 10)— vienen al sepulcro. Lo encuentran vacío, lo que las perturba profundamente. Se les aparecen dos ángeles y les dicen el glorioso mensaje: “No está aquí, sino que ha resucitado” (v. 6). Entonces, vuelven a los discípulos y les cuentan lo que vieron. Al principio no les creen. Sin embargo, Pedro va al sepulcro y ve solo los lienzos con que habían envuelto el cuerpo del Señor. Se vuelve a su casa, maravillado (v. 12).

A la tarde de ese mismo día, dos discípulos profundamente desanimados y abatidos se van a un pueblo llamado Emaús (v. 13). Mientras están de camino, un hombre se acerca y camina con ellos. Es Jesús mismo, pero sus ojos están velados y no lo reconocen. Lucas describe detalladamente su conversación. El

Señor reconforta sus corazones y hasta los hace arder. Luego, en su casa donde lo hacen entrar, lo reconocen como Jesús resucitado, pero Él se hace invisible (v. 31). Entonces vuelven a Jerusalén y dan testimonio delante de los discípulos que encuentran reunidos: “Ha resucitado el Señor verdaderamente”.

Y repentinamente, el Señor se encuentra en medio de ellos (v. 36). Les hace constatar la realidad de su resurrección y les explica que todas esas cosas debían suceder ya que las Escrituras, desde hacía mucho tiempo, lo habían anunciado. Luego, el Señor les confía una nueva misión. En seguida que hayan recibido el Espíritu Santo, deberán ir a predicar a todas las naciones “el arrepentimiento y el perdón de pecados” (v. 47).

Al final del capítulo, Lucas describe la escena conmovedora que tuvo lugar en Betania, cuando el Señor se separa de los suyos y es elevado al cielo, dejando sobre la tierra a los discípulos llenos de gozo.

### 1) El Señor omnipresente

Volvamos a esos dos discípulos que habían salido de Jerusalén para ir a Emaús. El motivo que los hacía seguir ese camino era la decepción y el desaliento. Como el Señor les dice después, su incredulidad era la causa profunda. Pero en su gracia,

Jesús se acerca para caminar con ellos.

Primero busca ganar su confianza ya que es para ellos un desconocido. ¡Qué conmovedor es para nuestros corazones ver cómo Él sabe encontrar las almas en dificultad! Los dos viajeros le cuentan todo lo que recientemente vivieron, y confiesan que su esperanza referente a la liberación de Israel se desvaneció. Entonces el Señor toca el punto necesario para hacerles comprender que la causa de su aflicción hay que buscarla en ellos mismos. Eran “tardos de corazón” para creer **todo** lo que la Escritura había predicho (v. 25). Seguramente que habían creído algunas cosas de lo que las Escrituras “decían de él” (v. 27). Todos los discípulos estaban convencidos de que Él era el Mesías prometido. Pero el hecho de que Cristo **primero** debía sufrir y **después** aparecer en gloria, sus corazones no habían podido comprender; aunque estaba escrito en las Escrituras y Jesús se los había dicho de manera clara varias veces (véase 18:31-34). Es **esto** que les explica ahora “en todas las Escrituras”.

Llegados a su destino, lo obligan a quedarse con ellos en su casa. “Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya ha declinado” (v. 29). El Señor no puede y no quiere sustraerse a ese deseo. Cuando están juntos a la



mesa, toma el pan, bendice, lo parte y les da. Entonces lo reconocen. No es el partimiento del pan tal como podemos hacerlo hoy, cuando estamos reunidos como iglesia a la mesa del Señor. Pero esto lleva nuestros pensamientos a la institución de ese memorial, y es lo que esos dos discípulos sintieron también.

Este relato está lleno de instrucción para nosotros. Primero, es un gran aliento ver que, después de su resurrección, Jesús no solo era el mismo que antes de su muerte, sino también el Maestro siempre paciente y lleno de gracia. Así como invitó a los discípulos a decirle lo que los preocupaba, también lo hace hoy. Conoce nuestro dolor cuando hemos perdido un ser querido. Conoce los problemas que encontramos en nuestra vida profesional y nuestras preocupaciones familiares. También conoce los sufrimientos debidos a las dificultades que surgen en la vida de la iglesia. Abrámosle todo nuestro corazón.

La gran enseñanza que podemos aprender de este relato es la realidad de la presencia constante del Señor en nuestra vida. Tal vez alguien pueda decir: Pero ya no está más personalmente aquí. Es cierto, pero recordemos lo que dijo a sus discípulos cuando les anunciaba que se iba hacia su Padre: “No os dejaré huérfanos; **vendré**

**a vosotros**” (Juan 14:18). El Señor cumplió su promesa y cincuenta días después de su resurrección, envió el Espíritu Santo, este “otro Consolador”, para estar con nosotros para siempre (14:16). Así podemos estar seguros de su presencia constante y aferrarnos a ella. Fue un Señor y Maestro presente y vivo, no solo para sus discípulos después de su resurrección, sino que siempre lo es para todos los hijos de Dios.

## 2) Andamos por fe, no por vista

Al atardecer del día de la resurrección, el Señor entró en la casa con los dos viajeros para cenar con ellos. Pero sucedió algo inesperado: repentinamente el Señor desapareció de la vista de ellos. “Mas él se desapareció de su vista” (Lucas 24:31). Sin embargo había entrado “a quedarse con ellos” (v. 29). El gozo de tener otra vez al Señor entre ellos ¿fue turbado? ¡No! A pesar de la proximidad de la noche, se vuelven inmediatamente a Jerusalén con corazones aún ardientes, a causa de todo lo que habían oído y visto. Encuentran “a los once reunidos, y a los que estaban con ellos” (v. 33). La noticia de la resurrección del Señor se divulgó rápidamente y era comprensible que los discípulos se reuniesen para compartir todo lo que había sucedido.

El hecho de que el Señor repentinamente se hiciera invisible a los ojos de los discípulos, pone delante de nosotros una verdad importante. Es una ilustración de lo que el apóstol enseña más tarde: “Porque por fe andamos, no por vista” (2 Corintios 5:7). La última noche antes de su muerte, el Señor Jesús había dicho a sus discípulos en el aposento alto: “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, **creed también en mí**” (Juan 14:1). Iba a dejarles para volver al Padre y por esto debían también **creer en Él**. Iba a ser, como era el Padre, un **objeto para su fe**. Unas semanas después, cuando el Señor fue elevado al cielo y ocultado “de sus ojos”, comenzó para los discípulos —y para nosotros también— el tiempo en que el Señor Jesús no puede más ser visto, y solo asido por la fe. En el tiempo actual, mientras que el Señor está en el cielo, lo vemos solo con los ojos del corazón. Esperamos el día en que lo veremos con los ojos de nuestro cuerpo glorificado. Entonces “le veremos **tal como él es**” (1 Juan 3:2).

### 3) La fiabilidad de la Palabra divina

En este capítulo, Lucas hace referencia a varias declaraciones del Señor y de las Escrituras. Temprano en la mañana los ángeles recuerdan a las mujeres espantadas: “Acordaos de lo que os habló, cuando

aún estaba en Galilea, diciendo: Es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercer día” (v. 6-7). Nadie comprendió estas palabras. En el camino hacia Emaús, cuando “abría las Escrituras” a los dos discípulos, Jesús “les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (v. 27). La noche, cuando el Señor está en medio de sus discípulos reunidos, les recuerda lo que ya les había dicho: “que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos”, y agrega: “Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día” (v. 44, 46).

Por medio de estas palabras, el Señor pone su sello sobre la fiabilidad y autenticidad de la Escritura. No se satisface en convencerlos de la realidad de su resurrección, sino que les hace comprender —y a nosotros también— que tenemos que tener confianza en la Palabra escrita. Es la Palabra de Dios quien sostiene nuestra fe y es el garante de nuestra seguridad eterna. Es también la luz para nuestro camino, especialmente necesaria en los días de tinieblas en lo cuales vivimos hoy.

Alentémonos a amar la Palabra y a honrarla. Considerémosla como un tesoro precioso y pongámosla en

práctica. Allí hay una gran bendición reservada para nosotros. “Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido; y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Timoteo 3:14-15).

W. Runkel

## Tiempo de callar, y tiempo de hablar

---

*Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca (Isaías 53:7).*

Estas palabras de Isaías son bien conocidas. El profeta inspirado por el Espíritu Santo habla con anticipación del Señor Jesús.

Siempre nos impresionamos cuando consideramos la grandeza moral de nuestro Señor ante la “contradicción de pecadores contra sí mismo” (Hebreos 12:3). Él podía callarse. No significaba que era insensible a esta contradicción, ¡sino todo lo contrario!

Lo sintió en lo más profundo de su alma. Pero cuando fue acusado erróneamente, no reclamó nada; “cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente” (1 Pedro 2:23).

Ante Poncio Pilato, “el testigo fiel y verdadero” testificó la verdad, haciendo “la buena profesión” de la cual el apóstol Pablo le habla a Timoteo (1 Timoteo 6:13). Pero cuando fue acusado ante este juez injusto, “no le respondió ni una palabra; de tal manera que el gobernador se maravillaba mucho” (Mateo 27:14). A los ojos de los hombres, cuando un acusado calla en lugar de defenderse, es la actitud más miserable. Pero los hombres no hacen intervenir a Dios. Sin embargo, era a Dios a quien el Señor le había confiado su causa con confianza. Había tomado a Dios por su abogado. Por lo tanto, podía callar ante los hombres.

Mientras camina sobre la tierra, el Señor prohíbe expresamente que aquellos a quienes ha sanado hagan público su nombre. Así cumplió lo que dijo el profeta Isaías: “He aquí mi siervo, a quien he escogido; mi Amado, en quien se agrada mi alma; pondré mi Espíritu sobre él, y a los gentiles anunciará juicio. No contendrá, ni voceará, ni nadie oirá en las calles su voz” (Mateo 12:18-19).

Nuestro Señor cumplió fielmente la misión que Dios le había encomendado, sin buscar publicidad.

Y nunca se dejó arrastrar a discusiones con sus oponentes. Dos veces lo vemos simplemente desaparecer: cuando los fariseos y saduceos le piden señal del cielo, “dejándolos, se fue”, y cuando están enojados viendo a los muchachos aclamando en el templo y diciendo: “¡Hosanna al Hijo de David!”, “dejándolos, salió fuera de la ciudad” (Mateo 16:4; 21:15-17). También se abstuvo de comentar de alguna manera las noticias del día. Sin embargo, ¿quién podía juzgar mejor que Él lo que estaba bien o mal en Israel?

¡Qué contraste entre las palabras del Señor y las nuestras!

En el monte de la transfiguración, Pedro habló “no sabiendo lo que decía” (Lucas 9:33). El Señor Jesús nunca dijo sino lo que había oído de su Padre y lo expresó de la manera en que el Padre le dijo: “El Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar” (Juan 12:49).

Y cuando callaba, estaba en el mismo espíritu de dependencia. Era con humildad, sin ninguna amargura, todo lo contrario de los fariseos, que callaban en su odio y en el endurecimiento de sus corazones, para no tener que responder a sus preguntas que los avergonzaban (compárese con Marcos 3:4).

Tampoco nuestro Señor tuvo que retirar una palabra inapropiada, como hizo Pablo, por ejemplo, cuando antes del concilio llamó al

sumo sacerdote “pared blanqueada”. Por el contrario, el Señor podía advertir a sus adversarios: “Mas yo os digo que de toda palabra ociosa (es decir, vana, estéril) que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado” (Mateo 12:36-37).

Salomón escribió: “La palabra a su tiempo, ¡cuán buena es!” y “manzana de oro con figuras de plata es la palabra dicha como conviene” (Proverbios 15:23; 25:11). La vida entera del Señor Jesús fue una perfecta ilustración de esto. Él sabía cómo discernir el “tiempo de callar, y tiempo de hablar” (Eclesiastés 3:7).

U. Furrer

## Mateo 18:20

---

*“Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”* (Mateo 18:20).

Esta promesa siempre es válida, en todos los tiempos, siempre preciosa para los corazones que aman al Señor. Estas notables expresiones han sido analizadas con frecuencia. Ellas son siete:

## 1) Donde...

**Hay un lugar de bendición:** El Señor quiere estar presente con los suyos en un mundo enemigo. Hay un **lugar** para eso. No tenemos que buscarlo en otro lugar que no sea en la Palabra. Es un lugar determinado. Lo que va a ser dado solo se puede hacer en un lugar (Deuteronomio 12:5, el lugar donde él pone su nombre para su habitación). Se han querido establecer muchos lugares; se construyeron edificios magníficos; se ha pretendido asignar un lugar particular para las revelaciones (peregrinaciones). Sin embargo, solo hay un lugar espiritual, no hay otro.

## 2) Dos o tres...

Dos o tres son suficientes, pero puede haber otros. En la Palabra (2 Corintios 13:1; Deuteronomio 17:6; 19:15 y otros), dos o tres son la expresión de un **testimonio**. Un testimonio, ya sea el número más pequeño, tiene ese valor de corresponder al lugar donde está la bendición suprema de la presencia del Señor. Por supuesto, debemos tener la cualidad de ser testigos del Señor, es decir, debemos haber nacido de nuevo, sellados con el Espíritu Santo. Un lugar, un testimonio. Este testimonio puede ser muy débil.

## 3) Están congregados...

**Un congregar:** Solo puede haber testimonio y acuerdo en ese testimonio si hay una asamblea local. Es precioso poder hablar de ello en la dispersión actual. ¿Quién congrega? El Padre de familia, el Pastor de las ovejas. El enemigo, el lobo, siempre trabaja para dispersar (Juan 10:12). Se trata para nosotros de congregarnos en torno al Señor. Si ha redimido a personas, es para hacer de ellas un todo, la Iglesia, cuya unidad es bella. Es precioso saber que siempre existe para nosotros la posibilidad de congregarnos: A los que Él ha redimido, quiere congregarlos (Salmo 107:2-3).

El pueblo de Israel será congregado para bendición terrenal. El Señor está trabajando para congrega a su pueblo celestial. Tantos creyentes están dispersos en tantas denominaciones, mientras que solo hay un lugar. ¡Qué privilegio! ¿Apreciamos que se nos permita tanta libertad exterior? ¡No dejemos de congregarnos! (Hebreos 10:25).

## 4) En mi nombre...

**Un Nombre:** La reunión se realiza alrededor de un **nombre**. Lo que queda después de tantos sufrimientos y confusiones, desconciertos y aportaciones del hombre, es el

nombre del Señor, quien es siempre el mismo. La Palabra también permanece, pero la Palabra y el nombre van juntos.

Este nombre es el nombre de Jesús, el nombre que nunca deberíamos pronunciar disociándolo — al menos en nuestra mente— del nombre del Señor. Señor Jesús, es el nombre que le acompaña desde que fue glorificado (Hechos 2:36).

Jesús, es su nombre de hombre. Jesús es el nombre que significa Dios Salvador; Jesús es el nombre que recuerda la humillación del Hijo de Dios.

Ese nombre siempre está ahí. Es tan fácil pronunciarlo; dice tantas cosas a nuestras almas. Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos (Hebreos 13:8); el mismo sin importar el tiempo, la persecución, las tinieblas, el despertar, la actualidad tan difícil en tantos ámbitos cuando uno ama al Señor. Este nombre permanece, pese a todos los ataques para eliminarlo. Ese es el nombre del hombre victorioso.

Conocemos ese nombre, los dos o tres que él congrega. ¡Oh ese nombre! Que siempre sea más precioso para nosotros. Que se nos conceda ser de aquellos a quienes les pueda decir: “No has negado mi nombre” (Apocalipsis 3:8), de los que piensan en Su nombre (véase Malaquías 3:16). Seamos de estos, aunque sea un remanente muy débil, pero que

piensan en Su nombre, en aquellos que temen Su Nombre, el nombre de Dios conocido como Padre.

Nombre sin par que hace visible...  
al Dios que nunca el hombre vio,  
Nombre del Siervo voluntario...  
humilde y solitario...

Nombre del Amor insondable...

Nombre del Dios cuya potencia siempre a la fe ha de contestar,

Nombre que a los salvos, en tu  
ausencia,  
en torno a Ti anhela juntar.

5) Estoy yo...

**Una persona:** Teníamos un nombre, y ahora tenemos aquí a la **persona**. “Yo soy el que soy”, es Jehová del Antiguo Testamento (Éxodo 3:14), es él quien en sí mismo es eterno. Tal era aquí bajo forma humana, el “Yo soy” que estamos llamados a conocer individualmente y todos juntos.

“Yo soy la luz” (Juan 8:12); “Yo soy el buen pastor” (10:11); “Yo soy la puerta” (10:9); “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida” (14:6); y finalmente “Yo soy” (8:58) en toda la afirmación de Su deidad.

6) Allí estoy yo...

Teníamos una persona, pero esa persona viene a ocupar su lugar entre otras. Es una presencia. Es un Dios de cerca (Jeremías 23:23),

invisible pero presente. Dios había querido ser un Dios de cerca para su pueblo, pero no disfrutaron de su presencia. Y ahora Jesús permanece siempre activo, viviendo siempre para interceder por los suyos (Hebreos 7:25).

Allí estoy yo: una presencia. ¡Oh, si la realizáramos mejor! Lo decimos fácilmente, pero ¿es ella sensible a nuestras almas?

### 7) En medio de ellos...

Si nos damos cuenta un poco (es solo un poco, incluso con las capacidades de la nueva naturaleza abierta por el Espíritu) de lo que es esta persona, si esta presencia fuera más sensible a nuestras almas, ¡qué realidad práctica tendríamos de la unidad de la que hablamos! Todos los sentimientos, el corazón, los impulsos centrados en el mismo punto. ¿No es esto la unidad visible? Así será en el cielo, toda la multitud de los redimidos se centrará en Él, quien es el único centro, de todos nosotros, de nuestras almas, de nuestros corazones, de nuestras mentes.

Un lugar, un testimonio, un congregar, un nombre, una persona, una presencia, un centro...

Que Dios nos dé a conocer la realidad de estas cosas: cosas que, como cristianos, estamos llamados a vivir aquí abajo, que los suyos están

llamados a vivir para Su gloria, para bien de todos y para testimonio en medio de este mundo.

A. Gibert

## El fruto del Espíritu en la vida matrimonial

---

*“El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia (o longanimidad, V.M.), benignidad, bondad, fe (o fidelidad, V.M.), mansedumbre, templanza” (Gálatas 5:22-23).*

Para los creyentes que están casados, la esfera de las relaciones de pareja es la primera en la cual debe manifestarse el fruto del Espíritu, este resultado práctico de la vida divina en los que están guiados por el Espíritu (véase 5:18). Cuanto más un marido y su esposa progresen en la realización de este fruto, tanto más sólida y hermosa será su unión.

### El amor

Dios no amó al mundo con vista a recibir amor a cambio. Si testimoniamos amor con la idea de recibir algo, no es verdaderamente amor.



En todo caso no es el amor con el cual Dios nos amó. Los dos problemas en el matrimonio más frecuentes son el egoísmo y la indiferencia. El primero aparece cuando el marido o la mujer se ama sobre todo a sí mismo, y el segundo cuando los esposos se preocupan poco el uno del otro.

Marido cristiano, ¿amas a tu mujer? ¿La amas con dedicación, como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella? (véase Efesios 5:25). ¿Estás dispuesto a renunciar a una parte de tu propio tiempo, a algunas de tus ocupaciones preferidas, y tal vez a algunos de tus amigos, para llenar de alegría a tu esposa? ¿Ya te preocupaste por descubrir lo que la hace feliz? Si sabes que a tu esposa no le gustan algunas de tus actividades, tómallo en cuenta y acepta dejar algo de lado. Y tú, esposa cristiana ¿amas a tu marido?

Tal vez se objetará: ¿Cómo puede estar bien nuestro matrimonio si soy el único que coopera? Quizá deberías estar más atento para ver los pequeños testimonios de amor de tu cónyuge y dejar ver tu agradecimiento por esto. Y aún si tienes la impresión que recibes poco a cambio, te queda el gran privilegio de amar y de dar como Cristo lo hizo. Murió por nosotros, siendo nosotros aún “impíos”, “pecadores”, y sus “enemigos” (Romanos 5:6-10).

Amados hermanos, amadas hermanas, “no nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos” (Gálatas 6:9).

### El gozo, la paz

Si tanto el marido como su mujer conocen “el gozo de Jehová”, el cual es la fuerza de los creyentes (Nehemías 8:10), y si “la paz de Dios” gobierna en sus corazones (Colosenses 3:15), no les será difícil vivir juntos en la intimidad y la confianza en todos los aspectos de su vida. Cada uno se sentirá bien cuando esté cerca del otro. Tendrá la libertad de compartir sus pensamientos y sus sentimientos íntimos, sin tener miedo de entrar en contradicciones, humillado, sermoneado o burlado.

¡Que los esposos cristianos tomen tiempo para leer la Palabra de Dios y orar juntos! Esto llevó muchos matrimonios a experimentar una notable mejora en sus relaciones. De esta manera se hallan mejores caminos para resolver las dificultades o los conflictos. Quizás también se pongan a servir al Señor juntos más de lo que lo hacían antes. Cultivar una vida espiritual común seguramente llevará a una vida matrimonial en el gozo y en la paz.

Si, en cada decisión que se ha de tomar, introducimos al Señor y

buscamos juntos su voluntad, evitaremos discusiones inútiles. En vez de hacer prevalecer nuestro propio punto de vista, nos esforzaremos de hallar juntos lo que el Señor desea para nosotros.

### La paciencia (o longanimidad, V.M.)

Esta palabra expresa la paciencia para soportar los sufrimientos. En la vida de matrimonio, se trata de aceptar pacientemente las particularidades y las costumbres de su cónyuge, sin buscar cambiarlo conforme a su propio ideal. Si hay cosas que soportar, más vale orar al Señor por esto en vez de moralizar sin fin.

### La fidelidad

El Antiguo Testamento coloca frente a nosotros numerosas advertencias contra la infidelidad conyugal, a la cual estamos expuestos por naturaleza. El Señor Jesús incrementa, por decirlo así, la enseñanza de la ley: “Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón” (Mateo 5:28). Y en los versículos siguientes, nos da un medio de salvaguardia: “Si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti... Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti” (v. 29-30).

Hay situaciones en las cuales la tentación es extrema y la salvación está en huir, así como nos lo enseña la historia de José (Génesis 39:7-12). Está también el peligro perverso y permanente de las “pasiones desordenadas” que la Palabra nos presenta como “lo terrenal en nosotros”, lo del viejo hombre que hemos de hacer morir (Colosenses 3:5).

### La mansedumbre

La mansedumbre es el carácter del que no insiste en sus derechos. Esto incluye también la disposición a no pagar a nadie mal por mal (véase Romanos 12:17; 1 Tesalonicenses 5:15). La vida en común trae innumerables ocasiones de fricción que nuestro comportamiento puede agravar o suavizar. La acción del Espíritu en los esposos cristianos lleva a resolver ante el Señor, en amor y paz, los problemas que puedan surgir.

Aquel que está caracterizado por la mansedumbre también está dispuesto a reconocer sus culpas. La disposición a reconocer las palabras inapropiadas que se nos escaparon, o los comportamientos ofensivos que hemos podido tener, es un elemento decisivo para la dicha matrimonial.

Cuando uno está cansado, estresado, irritado por tal o tal cosa o ¡ay! de mal humor, puede suceder

que diga o haga algo que no es sabio, y que le cause daño a su cónyuge y le ofenda. Demasiado seguido se toma esto a la ligera pensando: él (o ella) me conoce, él (o ella) muy bien sabe cómo soy. En vez de lamentar su mal comportamiento, se lo transfiere a su cónyuge por un intercambio de palabras poco amables hasta llegar a una situación de conflicto. Y si se encierran en el silencio, puede que sea aún peor. En tales situaciones —que ciertamente no glorifican a Dios— es imprescindible que cada uno reconozca sus faltas. Hay que estar conscientes de que son pecados de los cuales somos culpables ante Dios y ante una persona que hemos ofendido. Reconocer sus propias faltas no es decir: disculpa si lo que te dije te ha ofendido. Tales palabras no son una verdadera confesión. Solo echan la falta sobre el otro, porque tomó a mal lo que se dijo.

La templanza (o el autodomínio)

El miembro de nuestro cuerpo que más nos cuesta controlar es nuestra lengua (véase Santiago 3:2-11). Las ofensas hechas con la lengua a menudo son más dolorosas y duraderas que las heridas corporales. “Hay hombres cuyas palabras son como golpes de espada” (Proverbios 12:18). Pero el libro de la sabiduría nos dice también: “La blanda respuesta quita la ira; mas la

palabra áspera hace subir el furor” (15:1). Las palabras ofensivas y las humillaciones repetidas son un motivo frecuente de desunión en el matrimonio. Como el salmista, pidámosle a Dios su socorro para dominar nuestras palabras: “Pon guarda a mi boca, oh Jehová; guarda la puerta de mis labios” (Salmo 141:3). ¡Que Dios nos dé, en todos nuestros contactos fraternales, y en primer lugar en nuestra vida conyugal, la palabra “que sea buena para la necesaria edificación” (Efesios 4:29)! “Manzana de oro con figuras de plata es la palabra dicha como conviene” (Proverbios 25:11).

Le Messenger Évangélique

---

## Pensamiento

---

Una fe puesta a prueba es una fe fortalecida. Por la prueba aprendemos a conocer nuestra flaqueza, pero también la fidelidad de Dios, sus tiernos cuidados aun en las dificultades, que Él envía a fin de que podamos atravesarlas con Él.

---

Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación.

Romanos 10:9-10

---

Para que... sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad.

1 Timoteo 3:15

---

Era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos... Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día.

Lucas 24:44, 46

---

Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.

Mateo 18:20

---

## **Novedad**

El volumen encuadernado en rústica de los años 2018-2019 de la revista Creced. Véase el precio a la página 20.

---

## Publicación de edificación cristiana Creced

---

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

**Suscripción:** La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

**Contacto:** Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, 46, route de Suisse, 1290 Versoix-Genève (Suiza), por medio del sitio [www.creced.ch](http://www.creced.ch), o a través de la dirección de correo electrónico: [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch).

Están a la venta los dieciocho **volúmenes** encuadernados de la revista Creced, correspondientes a los años 1984-85, 1986-87, 1988-89, 1990-91, 1992-93, 1994-95, 1996-97, 1998-99, 2000-01, 2002-03, 2004-05, 2006-07, 2008-09, 2010-11, 2012-13, 2014-15, 2016-17 y 2018-19. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

**Precio** (1 volumen): 9 \$ EE. UU. 8 EUR 9 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

**Medios de pago:** América latina: se ruega incluir el pago junto a su pedido, y que este sea solo por medio de billetes en \$ de EE.UU. Europa: podrán abonar mediante giro postal internacional, con billetes en su moneda nacional.

– PayPal: Tendrá que introducir la dirección de e-mail: [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch).

– Western Unión: a nombre de Jacques Perron, 46 route de Suisse, 1290 Versoix (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es **importante** que nos avise lo antes posible a: [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch), indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Unión.

Comité de redacción: J. Perron (responsable), J.-P. Cuendet, J.-C. Moinat, O. Perron

---

**Sitio web:** <http://www.creced.ch>

**E-mail:** [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch)

---